

La intimidad
de los viajeros Josan
Hatero



«Cuando llevaba cuatro meses viviendo en Berlín, a Yago Santos le ofrecieron una gran suma de dinero para que sedujera a una mujer a la que no conocía. El plan consistía en ganarse su confianza, comenzar una relación con ella y, al cabo de cierto tiempo, abandonarla. Romperle el corazón, fueron las palabras exactas del hombre que le ofreció el trato. Yago aceptó sin hacer muchas preguntas. Aceptó por tener algo con lo que ocupar sus días».

Este es el arranque de la nueva novela de Josan Hatero. En ese territorio en constante cambio que es Berlín, se cruzan tres personajes que buscan dar sentido a sus vidas, tal vez una segunda oportunidad: Yago, Carrington y Matilda. ¿Qué caminos los han llevado hasta ahí? ¿Qué pretenden con ese juego de espejos al que se entregan? Con una narración que alterna pasado y presente, conoceremos la historia de cada uno de ellos, esos momentos que definieron su personalidad. Así, recorreremos la Barcelona de Yago, que entiende el sexo como un atajo para conocerse a sí mismo; el Londres de Carrington, que descubre que la vida alimenta la ficción y viceversa; y el Múnich de Matilda, que solo se siente verdaderamente ella cuando interpreta un papel para los extraños que comparten su deseo.

Con un estilo brillante, una creación de personajes inolvidables y una capacidad inaudita para acercar al lector a la intimidad de los cuerpos ajenos, Josan Hatero se erige como uno de los narradores que mejor ha sabido retratar el deseo, el enamoramiento, el desengaño y la pérdida. Esta novela habla de nuestra identidad, de los caminos de la culpa, de la libertad de elegir y del derecho a tener una segunda oportunidad.

Índice de contenido

Cubierta

La intimidad de los viajeros

Primera parte. Yago Santos

1

2

3

4

Segunda parte. Jack Carrington

5

6

7

8

9

10

Tercera parte. Matilda Engel

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Sobre el autor

Los hechos y los personajes que aparecen en esta novela son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera parte

Yago Santos

Yo ya no era yo, era otro, y precisamente por eso otra vez yo.

El paseo, ROBERT WALSER

1

Cuando llevaba cuatro meses viviendo en Berlín, a Yago Santos le ofrecieron una gran suma de dinero para que sedujera a una mujer a la que no conocía. El plan consistía en ganarse su confianza, comenzar una relación con ella y, al cabo de cierto tiempo, abandonarla. Romperle el corazón, fueron las palabras exactas del hombre que le ofreció el trato. Yago aceptó sin hacer muchas preguntas. No fue tanto por el dinero, aunque la cantidad era lo bastante generosa como para cubrir sus gastos durante una larga temporada; antes de mudarse a Alemania había vendido su piso y la mayor parte de sus pertenencias, contaba con la indemnización que le dieron al rescindir su contrato de profesor en el instituto y tenía dos años de subsidio por delante: aceptó por tener algo con lo que ocupar sus días.

Esos primeros meses en Berlín los había dedicado a montar en bicicleta y a leer. Había aterrizado a finales de junio con una habitación apalabrada en el piso de una amiga de un conocido. La chica se llamaba Adela, hablaba español con fluidez, era encargada en una tienda de ropa de Mitte y tenía alquiladas otras dos habitaciones a estudiantes extranjeros que en esos momentos estaban de vacaciones en sus países. El cuarto de Yago era luminoso, amplio y austero, apenas un colchón sobre una tarima, una mesita delante de la ventana, una silla, un gran cactus y un piano de pared que había pertenecido a la abuela de Adela. Lo que más le gustó fue que tenía su propio balcón, al que podía salir a fumar.

El primer domingo en la ciudad acudió al mercadillo de su nuevo barrio, Prenzlauer. Los puestos de objetos usados

se amontonaban formando estrechos senderos de ruido y movimiento. Le resultó conmovedor lo que la gente trataba de vender: mochilas infantiles, viejas máquinas de escribir, figuras de *Buffy The Vampire Slayer*, pantalones vaqueros de todas las tallas, casetes de Cock Robin, revistas adolescentes de los años ochenta, letras de imprenta, bolígrafos de cuatro y ocho colores, camafeos, aspiradoras por piezas, vídeos caseros, pomos de puerta, camisas estampadas, chaquetas militares, paneras metálicas, mapas del cuerpo humano, piezas de Lego, álbumes de fotos con las fechas escritas a mano en el dorso. Podía adquirirse la vida de otra persona por poco dinero. Compró un burro metálico para colgar la ropa y un par de cajoneras. Después de dejar los muebles en casa, volvió al mercadillo y adquirió una bicicleta de segunda mano en muy buen estado por cuarenta euros. El color no le acababa de convencer, rojo, y pensó que la pintaría de negro o tal vez de azul marino; terminó por acostumbrarse y la dejó como estaba; así era más fácil de localizar en los aparcamientos públicos.

Aquel verano sus días seguían un mismo patrón: se despertaba alrededor de las ocho, desayunaba un par de tostadas con aceite de oliva, zumo de naranja natural y té negro; luego cogía la bicicleta y, cargado con su bandolera, se marchaba a recorrer la ciudad. Ya había estado en Berlín en un par de ocasiones. Conocía todo lo que los turistas visitan y fotografían a modo de ritual imprescindible. Ahora evitaba los lugares pintorescos, escogía zonas que no aparecían en las guías. Uno de sus sitios favoritos era Pankow, un tranquilo barrio en el que parecía que el único extranjero era él, una sensación familiar que le satisfacía. Se sentaba en la terraza de una cafetería y leía hasta la hora de almorzar. Después buscaba algún restaurante barato, normalmente un asiático, donde acostumbraba a pedir arroz blanco con verduras y pescado. Al terminar, montaba de nuevo en la bicicleta y cambiaba de barrio, solo para repetir su rutina favorita: buscar una cafetería en la que sentarse a leer,

tomar té, observar a las mujeres que pasaban, imaginar sus vidas y ponerles nombre, fumar. Al caer la noche, volvía a casa, se duchaba, preparaba una cena rápida y ligera y se la comía en su habitación delante del ordenador portátil mientras leía las noticias de la jornada o veía una película. Adela solía dormir en casa de su novio, por lo que podían pasar tres o cuatro días sin verse. Y cuando se encontraban, se limitaban a soltar unas pocas preguntas de cortesía. Adela, flaca, el cabello muy rizado, de un color pajizo, brazos fibrosos y las caderas rectas de un muchacho; no le resultaba atractiva en absoluto, era un alivio. Yago solo le había contado vagamente su idea de pasar un par de años sabáticos en Berlín, sin explicarle qué pensaba hacer durante ese tiempo o qué le había llevado a escoger esa ciudad como destino.

Berlín es el lugar perfecto para empezar de cero y reinventarse, le dijo Adela el día en que se conocieron.

¿Sabía ella el motivo por el que había tenido que dejar su empleo de profesor?

Si Adela se hubiera interesado por saber qué iba a hacer durante esos dos años sabáticos, Yago no habría sabido qué contestarle. Había ido a Berlín sin ninguna aspiración en mente, sin otro objetivo que el de huir de Barcelona, escapar de su antigua vida. Sí, empezar de cero y reinventarse sonaba muy bien. Claro, por supuesto, se dijo, esa era la razón por la que había decidido mudarse a Berlín, una ciudad siempre cambiante y rebosante de posibilidades. Por eso, y también por April. Por la remota probabilidad de toparse casualmente con ella después de tantos años. Un deseo tan pueril que no se permitía expresárselo a sí mismo de forma consciente.

Empezar de nuevo, sí; pero, de momento, sin pensarlo demasiado. La clásica idea de su vida como un lienzo en blanco le resultaba tan liberadora como aterradora, mejor postergarla. No darle vueltas. Ya llegaría. Limitarse a montar en bici con Elliott Smith sonando en sus auriculares, a

comer en restaurantes diferentes cada día, a pasear, a leer, a leer mucho. Leía más por consuelo y esperanza que por entretenimiento: en las novelas hay orden, un lugar para cada cosa, y todo cuanto ocurre en ellas tiene un sentido, un propósito; la ficción corrige la vida.

Si llovía, cogía el metro e iba al cine a ver alguna película en inglés; o bien se bajaba al azar en alguna parada, cuanto más impronunciable fuera el nombre, cuantas más sílabas tuviera, mejor. Buscaba un sitio tranquilo donde refugiarse y leía, tomaba té, fumaba y observaba a la gente a su alrededor. Al no entender el alemán, las conversaciones le resultaban un relajante ruido de fondo, como si no fueran reales; si levantaba la vista de su libro, la gente se le antojaba un grupo de actores que improvisaba un papel para su divertimento. Algunas veces, por un capricho fonético, le parecía oír su nombre en medio de un diálogo: Yago. Pero no. Nadie le conocía allí.

Al cabo de un mes empezó a pensar que Berlín era secretamente infinita. Por excéntrica, le gustaba la idea: una ciudad que es infinita a espaldas de sus habitantes, ignorantes de ello. Se compró el mapa urbano más grande que encontró y lo colgó en la pared junto a su cama. De alguna forma que no sabía explicarse, los mapas le resultaban muy estimulantes, quizás por cómo muestran y ocultan al mismo tiempo, por lo que prometen. Cada mañana marcaba un destino. Luego se subía a la bicicleta y pedaleaba en una misma dirección durante una o dos horas, sin conseguir alcanzar los límites de la ciudad. Cada día veía cosas que llamaban su atención: una plaza con un gran busto de Lenin frente al que patinaban adolescentes, un enorme grafiti de una sirena con sombrero de vaquero, un parque de atracciones abandonado, un palacio con su propio estanque artificial, estatuas griegas que irrumpían en otro parque como una aparición, búnkeres, una muchacha con vestido de noche hablando con su reflejo en el agua de un estanque, un hombre con traje y sombrero hongo paseando con correa a

una rata negra como si de un perrito se tratara... Un par de veces se planteó comprarse una cámara fotográfica con la que documentar sus paseos. Descartó la idea: ¿para qué hacer fotos si no tienes a nadie a quien enseñárselas? No había en esa reflexión ningún atisbo de lástima por sí mismo.

La tarde del catorce de agosto volvió al apartamento antes de lo habitual. De camino se detuvo en un supermercado Kaiser para comprar queso danés Esrom, pan integral de molde y dos latas de cerveza de medio litro, cada una de una marca diferente. Durmió la siesta. Se duchó, se recortó la barba y se rapó la cabeza al uno; su reflejo tenía un aspecto feroz y eso le complació. Cenó tostadas con queso; antes de cada bocado aspiraba el intenso olor. Luego se bebió sin prisas las dos latas en el balcón, fumando, escuchando música con auriculares y observando los pisos de enfrente, balcones sin persianas como el suyo, viñetas de una vida doméstica que le resultaba tan ajena como reconfortante. Al terminar la cerveza se sintió ligero y eufórico; llevaba varios meses sin probar el alcohol. Se puso unos vaqueros negros, una camisa de manga larga del mismo color, una americana gris oscuro y los zapatos estilo Oxford que rara vez usaba porque le parecían demasiado formales.

Bajó a la calle como si estrenara piernas nuevas: sentía ganas de saltar. Era la primera noche que salía desde que había llegado a Berlín. Entró en el bar más bullicioso de una calle agujereada de luces, bacheada de gente, mesas de restaurantes, bicicletas. Las paredes estaban cubiertas de pósteres de viejos conciertos, antiguas fotos del barrio en blanco y negro, los clientes se apretujaban en sofás raídos alrededor de pequeñas mesitas; el disc-jockey, arrinconado en una tarima junto al lavabo, mantenía la música a un volumen mínimo para alentar la conversación. Yago se abrió paso hasta la barra y pidió un trago de tequila añejo y

una cerveza. Los camareros eran mayores que la clientela a la que atendían. Consiguió hacerse con un taburete. No tenía a nadie con quien hablar y se terminó la botella en pocos minutos. Observó a las universitarias que había a su alrededor, concentradas en grupos como esperando una señal. Tenía una sola idea en mente esa noche.

Entró en otro bar de la misma calle, igual de abarrotado. Alcanzó la barra abriéndose camino como si nadara y pidió otro trago de tequila añejo y otra cerveza, el alcohol suficiente para escuchar ese clic en su cabeza, para alcanzar un estado de desprendimiento. La camarera que le atendió se apretaba dentro de un corpiño de látex que le dibujaba el cuerpo a modo de reloj de arena, llevaba el cabello moreno recogido en un complejo peinado y las cejas y las raíces rubias. Le preguntó si conocía algún club cercano donde pusieran buena música.

—¿Qué tipo de música te gusta?

—La misma que a ti —contestó Yago.

Al doblar la siguiente esquina estaba su local favorito, le contó. Se despidió de ella con un gesto de cabeza y salió a fumar. Miró el reloj de su móvil: pasaban unos minutos de la medianoche. Sonrió.

Entró en el club que le había indicado la camarera, un sótano con promesa de laberinto. Había una barra en forma de L, una pista rectangular, un lateral con asientos y una especie de jaula de cristal para fumadores. Pidió un Red Bull, se lo bebió en dos tragos y se lanzó a bailar. Sonaba The Sisters of Mercy. En la pista solo había chicas moviéndose al ritmo de un ritual ancestral. Luego siguió New Order y, enlazada, *Love Will Tears Apart* de Joy Division, su canción favorita. Se lo tomó como un regalo. Mientras bailaba, cerraba los ojos o miraba al suelo, concentrado en la música, como si hubiera retrocedido en el tiempo dieciocho o veinte años y estuviera solo en su cuarto de adolescente, moviéndose adelante y atrás, siguiendo los golpes de batería con la cabeza y los hombros, con las caderas, ensayando un fu-

turo. Por unos minutos olvidó dónde estaba. Cuando empezó a sudar, se retiró a la jaula de los fumadores. Dentro había una pareja, otro tipo solitario como él y una chica. Ella llevaba mallas negras, botas y una camiseta blanca con el cuello cortado en uve de la que asomaba la sonrisa de su sujetador; un lado de la camiseta estaba ligeramente levantado y concedía la curva de su cadera, la belleza de los descuidos. Yago la miró de arriba abajo sin esconderse y le sonrió con la seguridad del que no tiene nada que perder. Ella se acercó y le preguntó en inglés de dónde era.

—¿Cómo sabes que no soy de aquí?

—Ningún alemán baila así.

—Me lo tomaré como un cumplido —le dijo al oído posando una mano en su cadera y dejándola ahí más tiempo del necesario.

—Por aquí no suelen venir turistas.

—Yo no soy un turista.

Le explicó de dónde era y que había venido a quedarse. Ella le dijo que se llamaba Birgit y que le encantaba Barcelona, era su ciudad europea favorita, especificó. Ella le dijo que había venido con tres amigas, estaban bailando en la pista. Ella le dijo que era estudiante de último año de enfermería y que vivía en Friedrichshain en un piso compartido. Ella le dijo que acababa de volver de unas vacaciones en Irlanda y que soñaba con vivir lejos de la ciudad algún día.

Yago la escuchó con atención, como si nada en el mundo fuera más interesante que lo siguiente que ella pudiera decir. La escuchó asintiendo con la cabeza de vez en cuando para que creyera que estaban conectando. La escuchó midiendo los tiempos y las distancias. La escuchó con la atención de un general que observa los movimientos del ejército contrario. Esperó a que sonara una nueva canción y entonces la interrumpió.

—Me recuerdas a una actriz americana, ¿sabes?

—¿En serio? ¿A quién?

—No recuerdo el nombre. Una que no es muy guapa pero lo parece cuando sonrío... Perdona, tengo que bailar esta canción.

Salió de la jaula para fumadores y se entregó a la pista sin mirar atrás: era parte de su estrategia. Al terminar la canción fue a la barra y pidió una botella de agua fría. Con ella en la mano, se acercó al grupo de chicas con las que estaba Birgit. Yago habló con sus amigas de trivialidades, de lugares comunes, se diría que ignorándola. Bailó con ellas. Cuando alguna decía algo ocurrente, él soltaba una fuerte carcajada alzando la barbilla, del modo que ríe alguien que se encuentra con un viejo amigo al que lleva tiempo sin ver. Al cabo de un rato, le dijo a Birgit al oído:

—Me encantaría que vinieras a casa conmigo, vivo a unas pocas manzanas de aquí.

Ella asintió sorprendida, se diría que casi agradecida.

No la tocó hasta que salieron afuera y recorrieron un par de calles insomnes. La arrinconó contra la pared en un portal sin luz y la besó como si no pudiera soportar no hacerlo. Llovía a cámara lenta y el metro elevado pasó justo en ese momento, las ventanas de los vagones como fotogramas de una película. Recorrió la curva de su espalda con la palma derecha, dejándola resbalar, sintiendo la calidez animal de su piel. Le mordió el labio inferior. Colocó una pierna entre las de ellas y alzó con cuidado la rodilla, presionando. Entonces sucedió lo que él andaba buscando, lo que él coleccionaba, ese instante en que la excitación cambia el olor de la mujer, incluso el aliento. Si la noche se hubiera terminado ahí, a Yago no le habría importado, no se habría sentido frustrado.

Ya en su habitación, Birgit le mordió el cuello y empezó a desvestirse con una prisa que parecía furia. Yago le sujetó las muñecas sin brusquedad para que se detuviera. Se arrojó frente a ella y le lamió en horizontal la piel fronteriza con la ropa interior. Luego le bajó las bragas sin prisas, hundió la cara en su sexo y aspiró profundamente, primero con

la nariz y luego con la boca, llenándose de ella. A continuación la tumbó en la cama y dijo:

—Ahora voy a contarte un secreto.

No se lo dijo a la mujer, no exactamente. Abrió las piernas de Birgit y comenzó a susurrarle a la humedad.

Cada mujer con la que se acostaba le recordaba a otra. No siempre a la misma. Había algo en cada una —un gesto, un sonido, un aroma, la forma de entornar los ojos o de sujetar la respiración antes del orgasmo, la tibieza de los muslos en la noche, el dibujo de su boca o del rubor en las mejillas, una simple percepción— que la vinculaba con una amante del pasado, como si todas estuvieran enlazadas de alguna manera, puntos que si se unían formaban un dibujo que aún no acertaba a entender, quizás su propio retrato. Para Yago Santos, el sexo era un perfecto ejercicio de nostalgia.

Cuando terminaron, se dejó caer sobre ella, sobre su pecho sudado; no quería dejar de olerla.

—¡Bienvenido a Berlín! —dijo Birgit, y se rio con una felicidad que le contagió y él rio también, su cabeza apoyada en ella moviéndose al compás de las carcajadas.

Luego callaron y Yago pensó que podría quedarse dormido así, en esa postura y sin siquiera quitarse el condón.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Ni idea... Mis amigas estarán esperándome.

Yago rio de nuevo:

—No te estoy echando. Solo quiero saber la hora, de verdad.

Birgit se incorporó con pereza gatuna y salió de la cama estirándose. Alcanzó su ropa y rebuscó en su bolso hasta dar con el móvil.

—Pasan cuatro minutos de las tres —dijo con precisión alemana.

—Dime «felicidades».

—Felicidades.

—Gracias. Ya es mi cumpleaños.